



PRÓLOGO AL LECTOR^a

VÁLAME Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector^b ilustre^c, ó quier^d plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote!*... digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y 5

a. ...al lector. BAR., BR.₅. — *Prólogo del autor al lector.* TON. — Omiten al lector. RIV., ARG.₁, BENJ. = b. ...le-
tor. BAR., BR.₅, TON. = c. ...ilustre. C.₄, BR.₄, BOW. = d. ...o cualquier plebeyo. BR.₅.

Sin duda para burla de que nunca *segundas partes* fueron buenas, centellean en esta liza (no otro nombre ha de darse al prólogo que va á comenzar) lindísimas armas de la inteligencia, y aquellas otras que, por singular contraste, prestan regocijado acento á la sensibilidad bruscamente herida.

Si en el primer *prólogo ó prefación*, según lo llama donosamente, en el que se anuncian las hazañas del Ingenioso Hidalgo, brillan las sentencias como aljofaradas gotas de suave rocío (¡tan benévola é inimitable es su ironía, tan delicadas las reticencias que contiene, tan plácido su optimismo!); en cambio, aquí, no parece sino que la augusta serenidad se ha trocado en humor punzante, en agudo decir, salpimentado con uno que otro grano de mostaza, y haciendo que abunden los de sal gruesa y morena, pero limpia y sabrosa: tal es la malicia de su picante y profunda ironía.

Y si por ventura dijere alguien que la caridad pedía tonos más blandos, y por ello quisiere condenar el desenfado del novelista, arroje la primera piedra y diga si en caso parecido se mostró indulgente ante feroz agravio, ó bien demuestre ser mejor la condición moral del orgulloso y despectivo silencio con que otros disfrazan su olimpica serenidad.

Línea 3. ...lector ilustre, ó quier plebeyo. — Apócope de *quiera, quier* es arcaísmo que á veces, como en este caso, tiene significación irónica. De su

nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de ^a dar este contento; que, puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera ^b del ^c asno, del ^d mentecato y del ^e atrevido;

a. ...he dar. C., BR., = b. ...lo tra- | BENJ. = c. ...de asno. TON. = d. ...de
taffe. TON. — ...le diera. ARR., ARG., 1, 2, | mentecato. TON. = e. ...de atrevido. TON.

antigüedad da testimonio el siguiente verso del *Poema del Cid*:

« Si *quier* el casamiento fecho non fuesse oy »;

asi como, para no citar más, la historia de la humilde y paciente Griselda:

« Á lo que dizes que lleve conmigo mi dote, ya sabe, sennor, que no traxe al sino la fe, y desnuda salli de casa de mi padre y vestida de tus pannos los quales me plaze desnudar ante ti; pero pidote por merced siquiera, porque el vientre en que anduvieron tus hijos no parezca desnudo al pueblo, la camisa sola me dejes llevar. Y como *quier* que al marqués le vinieron las lágrimas á los ojos mirando tanta bondad, pero bolvió la cara... »

Ya lo hemos dicho: reliquia de pasados tiempos, la miramos con una como veneración cuando aparece en obras todavía próximas á la cuna de nuestro lenguaje; pero inspira lástima verla, ya sola, ya acompañada del sonoro *do*, prestando énfasis á su hermano *donde*, á *como* y *cuando*. Y es que recordamos el descrédito en que ha caído desde el donoso castigo impuesto por Capmany, á saber, la multa de veinticinco ducados que quería se cobrase á los escritores en prosa *dondequiera* usaran el *do*, presumido y rimbombante de suyo. No lo es en la pluma de Cervantes, porque, empleado como lo está aquí, ha de tomarse en burla más que por grave saludo.

Quintana sentíase, naturalmente, inclinado al énfasis del campanudo *doquiera*; pero todas sus faltas quedan redimidas en este pasaje:

« ¿ Qué era, decidme, la nacion que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna;
Doquiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España: el soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano:
La tierra sus mineros le rendia.
Sus perlas y coral el Oceano,
Y *dondequier* que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas. »

(*Á España, despues de la revolucion de Marzo.*)

Juan de Castellanos, en sus *Varones ilustres de Indias*, dejó hartos ejemplos del mal empleo que puede darse á la susodicha conjunción; y no citamos la

pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino ^a en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ^b, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en ^c los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben

a. ...taberna y no en la. CL., RIV., | los presentes. ARG., 1, 2, BENJ. = c. ...res-
ARG., 1, 2, BENJ., FK. = b. ...pasados y | plandecen á los ojos. ARG., 1, 2, BENJ.

Visión delectable, de Alfonso de la Torre, aunque imperen en ella el *dondequier* y *cuandoquier*, porque su prosa se acerca más á los orígenes del primitivo lenguaje que la de los que se imaginan escribir á lo clásico acudiendo al rebusco de palabras y frases ya fenecidas.

2. *Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como... si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.* — La batalla de Lepanto, librada el 7 de Octubre de 1571, « fué la más noble victoria marítima », á juicio del Tasso, que ningún príncipe ó capitán hubiese logrado después de Augusto.

Cervantes la celebró primeramente en la famosa *Epístola á Mateo Vázquez*:

« De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada »;

y luego, al ponderar lo recio del combate, dijo:

« Á esta dulce sazón, yo ¡ triste! estaba
Con la una mano en la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba:
El pecho mío de profunda herida
Sentia llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fue tan soberano
Que á mi alma llegó viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido. »

Sabemos, por él mismo, que llevó este asunto á la escena con el título de *La batalla naval*. Así, por antonomasia:

« — Y vuestra merced, señor Cervantes, — dijo él, — ¿ ha sido aficionado á la carátula? ¿ ha compuesto alguna comedia? »

— Si, — dije yo, — muchas; y, á no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron *Los tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, LA

dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga. Y es esto en mí de manera que, si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción^a prodigiosa que sano ahora de mis heri-

a. ...aquella funcion prodixiosa. TON.

BATALLA NAVAL, *La Jerusalem, La Amaranta ó La del Mayo, El bosque amoroso, La única y la bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo. » (*Viaje del Parnaso*.)

De esta portentosa batalla volvió á hablar con igual encarecimiento en el prólogo á sus ocho comedias, donde nos cuenta que se representó con aplauso en Madrid.

¿Llegará un día, preguntamos, en que por feliz hallazgo nos sea dado leer esa celebrada pieza, sin duda precioso documento autobiográfico, perdido hoy para la historia y para el arte?

Tal persistencia en citar el glorioso hecho de armas que le dió el dictado de *manco de Lepanto* (título con que honramos su memoria), es prueba de la sinceridad con que escribió las sentidas frases origen de esta nota, y que no cede en españolismo ni aun á Lope, el poeta nacional por excelencia.

Cantada centenares de veces por nuestros poetas líricos, con doliente á par que con sublime acento por Herrera; tema augusto de la poesía narrativa en todas sus manifestaciones; llevado su asunto, como en carro triunfal, al teatro (1); materia de desbordado entusiasmo para los humanistas; sobrio y elegante relato en la pluma de graves historiadores; la batalla librada en las clásicas aguas de Corinto es digna de la valiente pincelada con que el inmortal Cervantes la conmemora para dar en rostro á quien injustamente le había motejado por su manquedad.

Tras esto, de suyo grande, ha de parecer harto mezquino al lector el reparo que se ha hecho al novelista por la impropiedad que dicen tener aquí el vocablo *ocasión*. En el prólogo á las *Novelas ejemplares* lo había empleado ya en idéntico sentido:

«...fue soldado, — dice hablando de sí mismo, — muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda, de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta *ocasion* que vieron los pasados siglos.»

En uno y otro ejemplo, la voz *ocasión* está en lugar de *suceso, hecho, acontecimiento*; pero es el caso (así nos inclinamos á creerlo) que la propiedad del lenguaje y el uso de los clásicos no consienten tal significación. Hay, sí, en las *Flores de poetas ilustres*, de Espinosa (t. II, pág. 88), un ejemplo que se diría favorece á Cervantes; pero, bien analizado, la palabra *ocasión* vale allí tanto como *caso imprevisto*:

« De piedra él corazón, de bronce el pecho
Tienes ¡oh peregrino caminante!
Si á la triste *ocasion* que ves delante
No estás en tiernas lágrimas deshecho. »

(1) *La Santa Liga*, de Lope, es el coro sublime entonado por España, Roma y Venecia en loor del brillante triunfo de Lepanto.

das sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y al de^a desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame invidioso^b, y que, como á^c ignorante, me describa qué cosa sea la envidia^d; que, en realidad de^e verdad, de dos que hay, yo no conozco sino^f á la santa, á^g la noble y bien intencionada. Y, siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y, si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro^h las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero, en efectoⁱ, le agradezco á este señor autor el decir

a. ...y al desear la. BR.₃. — ...y al deffear la. TON. — ...y á desear. ARG.₁, BENJ. — ...y hacen desear. ARG.₃. — b. ...llame envidioso. TON. — ...envidioso. ARR., GASP., MAI., FK. — c. ...como ignorante. A.₁, ARR. — d. ...envidia. TON.,

ARR., GASP., MAI., FK. — e. ...en realidad á la verdad. GASP. — f. ...conozco más que á la santa. GASP. — g. ...fino la Santa la Noble. TON. — h. ...admito las. C.₁, V.₃, BAR. — i. ...en efeto. V.₃, BAR., BR.₃.

Antójasenos que el gran Lope, *muy pequeño* cuando de sus relaciones con Cervantes se trata, no perdonó al más ilustre de los hijos de Compluto ni aun después de muerto. Puede ser que no veamos claro: por eso ponemos el asunto en manos del lector, para que decida si hay un dardo de retórico intransigente y regañón en el siguiente pasaje del Fénix de los ingenios, ó si, por el contrario, nuestro parecer es sospecha que, por lo maliciosa, deba deterrarse de este escrito:

« Ya vuestra merced... sabrá que nuestro D. Félix era soldado en la batalla naval (de Lepanto), tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de poetas, que ni á mí me está bien referirla ni á vuestra merced escucharla; y aunque para esta ocasion pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fue tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis comedias, donde la entenderá con menos cuidado. En esta *ocasion*, como dicen que ha de decir nuestra lengua, hizo con una espada y rodela tan notables cosas D. Félix, que allí se le confirmó el nombre de Bravo. » (LOPE. *Guzman el Bravo*. «Bib. Rivadeneyra», t. XXXVIII, pág. 37.)

10. ...y, si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. — Por si parecieren prolijos los datos que se aducen para interpretar, más que el sentido de las palabras transcritas, el de todo el periodo; advierta el lector que fueron tantas las mudanzas y tan diversos los motivos que para ello hubo en la amistad entre Lope y Cervantes, que, cuanto se diga sobre este punto, siempre (así lo entendemos) será poco tratándose, como se trata, de derramar más luz sobre la vida de uno y otro escritor.

En verdad, lo complejo de la defensa y del ataque, pues de entrambas cosas ofrece abundante materia la cuestión, pide no dejarse deslumbrar por

que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas (y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo).

las alabanzas que mutuamente se prodigaron. Mas será bien decir, antes, que las relaciones de amistad, comenzadas acaso en 1583, se vinieron á agriar pasados tres lustros, sufriendo tantos eclipses después, que induce á dudar si tiene sus picos y ribetes de satírica la muestra de admiración que sirve de tema á la presente nota.

Mas no anticipemos solución alguna, si es que los lectores han de entrar sin prejuicio en materia de suyo delicada.

Que el trato amistoso entre el Principe y el Fénix de los ingenios españoles fuese muy natural y antiguo, se explica fácilmente por las conexiones de parentesco que es presumible existian entre la madre de Cervantes, D.^a Leonor de Cortinas, y D.^a Magdalena Cortinas de Salcedo, madre política de Lope, oriundas una y otra de la villa de Barajas.

Niño aún por los años de 1569 y 1570, no puede admitirse que el último mantuviera personalmente relaciones con el primero, tanto más cuanto que en aquella época Cervantes abandonó España, estando ausente casi un decenio; pero, si Lope se halló en la gloriosa expedición de las Azores, parece verosímil conociese allí al ilustre *manco de Lepanto*, de cuyo numen poético había visto ya muestras y de cuyo cautiverio en Argel se relataban con admiración trágicos sucesos, siendo así probable que desde entonces tuviese principio el afecto de uno y otro.

Mas, entrando en terreno firme, diremos que en 1584, cuando apenas comenzaba á correr la fama del que muy luego se alzaria con la monarquía cómica, fué alabado ya por el autor de *La Galatea*, quien, siempre generoso en elogios, intercaló en el celebrado «Canto de Caliope» el siguiente panegirico:

« Muestra en un ingenio la experiencia,
Que en años verdes y edad temprana
Hace su habitacion ansi la sciencia
Como en la edad madura antigua y cana;
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y más, si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, *Lope de Vega*. »

Por entonces, y poco más tarde en 1586, iban juntas, en el *Jardin espiritual*, de Padilla, y en el *Cancionero*, de Maldonado, poesias de Lope y Cervantes.

Éste, más que generoso, se muestra pródigo en alabanzas en un soneto que salió al frente de la primera edición de *La Dragonteá*, publicada en 1598:

« Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega*,
Á quien Apolo su favor no niega,
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega:
Cilenia en ella alegre se sosiega,
Minerva eternamente la acompaña.
Las musas su Parnaso en ella han hecho,
Venus hermosa en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores;

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se

Y, así, con gusto y general provecho,
Nuevos frutos ofrece cada día
De ángeles, de armas, santos y pastores. »

En la misma composición se tributan también encomios á otras obras de Lope: *La hermosura de Angélica*, escrita en 1588; *La Arcadia*, impresa en 1598, pero compuesta ya entre 1592 al 94, y el *Isidro*, en 1599.

Ya lo hemos dicho: el panegirico aumentaba al compás de los años:

« Llovió otra nube al gran *Lope de Vega*,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega... »

A medida que fué pasando el tiempo, iba creciendo la admiración, por no decir entusiasmo; y á la época más brillante de Lope se refieren las conocidas frases que Cervantes estampó en el memorable prólogo de sus celebradas comedias:

« Compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta..., tuve otras cosas de que ocuparme; *dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes*. Llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos. »

¿Cabén mayores encarecimientos?

A tantas y tan repetidas demostraciones de consideración y señalado afecto no era posible enmudeciese el gran dramaturgo: por ello vémosle responder, con fina voluntad, en *La dama boba*:

« OCTAVIO. Y desta suerte lei:

Historia de dos amantes,
Sacada de lengua griega;
Rimas, de Lope de Vega;
GALATEA, de *Cervantes*.

MISENO. hará por gusto
Versos.

OCTAVIO. Con mucho disgusto
Los de Nise considero.
Temo, y en razon lo fundo,
Si en esto da, que ha de haber
Un *Don Quijote* mujer
Que dé que reir al mundo. »

(Acto III, esc. III.)

Y á esta cita pueden añadirse no pocas. Basten las dos que ahora siguen:
« Grandes poetas son los de esta edad... Diego de Mendoza, Vicente Espinel... Luis de Galvez Montalvo... *Miguel de Cervantes*, el jurado Juan Rufo... ¿Qué han impreso hasta ahora? *Austriadas*, *Araucanas*, *GALATEAS*, *Filidas* y varias *Rimas*... » (*La Dorotea*.)

« *La Fortuna envidiosa*
Hirió la mano de Miguel Cervantes;

ha de ^aañadir afición ^b al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al

a. ...ha añadir. C., BR.,

b. ...afición. BR., TON., A., ARR., CL., RIV., GASP., ARG., MAL., FK.

Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegantes,
Dieron eternidad á su memoria:
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.»

(Laurel de Apolo, silva 8.)

Pero en un lapso de tiempo como el de 1583 á 1615, en que las amistades más firmes suelen sufrir menoscabo, ¿le tuvo también la de estos dos insig-
nes escritores? Si, patente es, por la carta de Lope fechada en Toledo á 14 de Agosto de 1604, cuán empañado estaba el brillo de una amistad que hubiérase dicho no había nada con fuerza bastante para que en ella apareciesen manchas tan grandes como estas:

«De poetas, no digo: buen siglo es este. Muchos estan en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quijote*... Á sátira me voy mi paso á paso; cosa para mi más odiosa que mis librillos á Almeydas y mis comedias á Cervantes.»

Si á Lope le pareció no hallar en el *Don Quijote* aquello que fué el ideal de su alma eminentemente española, el ideal de nuestras épicas grandezas, el ideal religioso que portentosamente iba dramatizando y que constituye su mejor é inmarcesible corona de gloria; si á los ojos del gran Lope mostrábase mezquino el propósito del *Ingenioso Hidalgo*, el propósito de que el melancólico se mueva á risa, de que el risueño la acreciente y el simple no se enfade; si juzgó de poca estima el advertir al desvanecido, al liviano, al avaro, al cobarde, y honrar al discreto que se admira con la invención; no es error que haya de achacarse al Príncipe de la novela, sino al Rey del teatro. La obsesión del amor propio le privó, en este punto, de la clarividencia concedida al genio: por eso no vió que, allá en el cielo de la gloria literaria, no hay, para la crítica, competencia de honor entre uno y otro escritor, porque la comedia de Lope y la novela de Cervantes se completan y juntan en uno para formar el mejor florón de la literatura española. No fué, pues, discrepancia religiosa ni social, como sin fundamento se ha pretendido, ni nada contra el ambiente que envolvía á entrambos ingenios, sino tan sólo pugna literaria ó, si place, divergencia de opiniones sobre el alcance de las creaciones artísticas. De este, y no de otro modo, entendemos que en lo íntimo de la correspondencia hubiese osado decir no ser posible haya nadie tan necio que alabe el «*Don Quijote*». Pero la obsesión persiste, no ya en cuanto al Libro-Rey, sino también en cuanto mira á lo que con él se relaciona, á lo que con él constituye el todo más armónico que ha fantaseado ningún artista: en lo que atañe á las *Novelas ejemplares*.

Cuando ya Cervantes no podía ser blanco de odio ni de invectivas; cuando había pasado á mejor vida; cuando su libro servía, como sirve hoy, de universal entretenimiento; cuando en España y en todo el mundo civilizado teniase por materia digna de alabanza la obra eminentemente caballerosa y

cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura

humana; no cabían censuras: para hacerlas era preciso valerse de medios encubiertos, ó mezclándolas con elogios regateados. Tal sucede en este que ahora sigue:

«También hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos y dellas propias, en que no faltó gracia y estilo á Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande entretenimiento, y que podrian ser ejemplares como algunas de las historias trágicas del *Bandelo*; pero habian de escribirlos hombres científicos ó, por lo menos, grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos.»

En verdad, cegado por la pasión de la envidia debía estar, lo estaba ciertamente, el que se arrojó á escribir con palmaria injusticia, con insigne mala fe, las palabras que acaban de copiarse. Son de Lope (repítámoslo), y se leen en el preámbulo á la novela intitulada *Las fortunas de Diana*. ¿Por ventura no decian nada á su talento crítico, le molestaban acaso, la potente vida de *Rinconete y Cortadillo*, la profundísima ironía del *Coloquio de los perros*, la poética idealización con que se pinta la vida errante de los gitanos en otra de sus novelas?

El que había dicho, en *El peregrino*, que se leían sus escritos con afición en Italia, en Francia, en las Indias, en todas partes donde la envidia no se había atrevido á pasar; el que, trazando el cuadro del *Parnaso*, dijo de sí:

«Salió una fuente clara, y, con ligero
Paso, buscó por verde hierba un muro;
Aqui bebió primero el docto Homero,
Y Virgilio despues; aqui, seguro
De no tener igual...; pero no es justo
Decir quién es, por no causar disgusto»;

ese, que no es otro que el mismo Lope, ofuscado por su olimpico desdén, no podía avenirse con el triunfo ajeno: de ahí su desatentado juicio sobre las *Novelas ejemplares*.

Pero, — se preguntará, — ¿dónde tuvo su primer origen el rozamiento literario?

Cervantes, según explícita confesión de Avellaneda, — responden los más, — fué quien primero ofendió á este encubierto escritor, como había ofendido antes al Rey de la escena española.

Pero es fuerza preguntar nuevamente: ¿Dónde? ¿cuándo? ¿cómo?

En el prólogo á la *Primera parte del Ingenioso Hidalgo*, — contestan resueltamente, — ¿Por ventura no es un agravio á Lope aquello de *haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y vereis luego con otra famosa anolación?*

En el consejo del supuesto amigo de Cervantes, — continúan diciendo, — hay una como parodia de la cita, en este caso no menos ridícula que de aparatosa erudición: *El río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano...* etc.

El insigne Lope, — responderemos, — rindió en este punto vasallaje, como le rendian sus contemporáneos, cuyas obras hacen fatigosa la lectura por aquel aparato de prestada sabiduría con que deslucen los márgenes de sus libros. La sátira, pues la hay, y muy fina, no ofrece carácter personal,

llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle^a á un hombre en el entendimiento que

a. ...ponerle. TON.

sino de absoluta generalidad. De explicaciones como las que del Tajo se leen en *La Arcadia*, están llenas las obras de aquellos siglos. Tampoco el fondo pudo ser blanco de sátira, porque esto, en la pluma de Cervantes, sería censurarse á sí mismo, ya que citas como las que van á continuación se hallan también derramadas en la primera y segunda parte del *Quijote*:

«...pastores del dorado Tajo.»

«Que el rico Tajo
Con sus aguas baña.»

«...pastores amigos del dorado y cristalino Tajo.»

«Cisnes hay en el Tajo...»

¿Cabe, por tanto, sostener que tal manera de citar pudiese ser objeto de censura personalísima?

Y, con todo eso (reconozcámoslo), en el prólogo palpita la crítica. La hay cuando dice: *Sólo quisiera dárte la monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse* (I, pág. 16); la insinúa cuando escribe que su novela ha de ser *sin acolaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro* (I, pág. 18); es patente en el pasaje de *También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos* (I, pág. 18). Tampoco puede negarse que exista *En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias* (I, pág. 20), ni en otras cláusulas, así de los versos como del prólogo.

Pero, siendo esto achaque común á todos sus contemporáneos, ¿por qué parar la atención tan sólo en el insigne Lope? Y, aunque se probara que únicamente á él se refieren tales reparos, ¿por qué calificar de *agresor* el prólogo, como dice un amigo del dramaturgo, siendo solamente una discrepancia puramente literaria manifestada con aquel donaire que sólo la pluma de Cervantes ha hecho inmortal? Esa discrepancia no tenía por fin descuajar las raíces que prestaron fecundísima savia á la obra eminentemente nacional del creador de nuestro teatro: por tanto, hay que buscar fuera del prólogo del *Don Quijote* algo que explique, ya que justificarla no es posible, la feroz agresión de que fué blanco el más ilustre complutense.

Su crítica no es una invectiva, sino un zaherimiento sin pasiones bastardas, sin ruindades. Si algún día, ciertamente venturoso, se lograra desmascarar al falso Avellaneda, podría acaso rastrear si el enojo de Lope y sus amigos nacía de motivo más grave que rozamientos literarios ó simplemente diferencias de escuelas dramáticas tan opuestas, á principios de aquel siglo, como las de los dos campeones de la literatura española. Pero, aun entonces, dejados aparte los cánones aristotélicos, sería lícito preguntar: ¿dónde censuró Cervantes las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad que Lope enaltece con sin igual modo en sus comedias caballerescas? Y, hasta en

puede componer y^a imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama^b. Y, para confirmación

a. ...componer é imprimir. BR., TON., ARR., MAL., FK.

b. ...gane dineros como fama. TON.

las de santos, ¿pudo llegar en sus reparos á la pureza del dogma católico quien, como él, ensayó sus fuerzas en el auto religioso? ¿Por qué tan grave enojo? ¿Por qué tamaña osadía? Oigamos al autor tordesillesco:

«Como casi es comedia toda la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, no puede, ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio desta *Segunda parte* de sus hazañas éste, menos cacareado y agresor de sus letores que el que á su *Primera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas... se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una; y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que, como soldado tan viejo en años, cuanto mozo en brios, tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su *Segunda parte*... en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales *el ofender á mi, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto*, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar... Y, pues, Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue á Dios aun le deje, ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado!... Pero disculpa los yerros de su *Primera parte*, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo estan los encarcelados.»

Palabras, en verdad, muy fuertes son estas, para las cuales no hallamos disculpa que atenúe lo injusto de censura tan agria. Á tamaño ultraje, respondió Cervantes, con serenidad que le honra sobremanera, en el prólogo á sus comedias, publicadas un año después de haberse dado á la estampa el *Quijote*, engendrado, al decir de su autor, en Tordesillas y nacido por encanto en Tarragona:

«En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara si un *autor de título* no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso, nada; y, si va á decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el oírlo... tú lo verás, lector mio, y si hallares que tiene alguna cosa buena, en topando aquel mi *maldiciente autor, dile que se enmiende*, pues yo no ofendo á nadie.»

¿Es, el maldiciente autor á quien introduce aquí Cervantes, el mismo Avellaneda? La hipótesis no parece desprovista de todo fundamento. Sin embargo, la sometemos á juicio de los lectores, para que en última instancia, vistas todas las piezas del proceso, fallen en justicia si en las palabras con que se ha